

LINCOLN

*«Crees que estás huyendo de tu hogar, pero
estás huyendo de ti mismo.» Desconocido.*

Antes de que muriera la noche, cuando todo el mundo dormía y no había más oficios que hacer, Lincoln se sentó en su cama, mirando por la ventana, un hábito reservado para momentos de profunda contemplación. Un repentino timbre rompió el silencio, devolviéndolo a la realidad: era su padre. «Probablemente tu madre ya te ha hablado», dijo él. «Te llamo para preguntarte: ¿cómo debería poner fin a la vida de Kathy? ¿Rápida o lentamente?».

Los pensamientos de Lincoln giraban en un caos. Las palabras de su padre resonaban en su mente, y no podía evitar preguntarse sobre el destino de Kathy. ¿Realmente moriría, lenta y dolorosamente, a manos de su padre? No

podía soportar el pensamiento, pero persistía, ineludible.

Lincoln despertó sobresaltado, su cuerpo cubierto de sudor y lágrimas desbordando. En ese instante, se dio cuenta de que nunca había tenido una perra llamada Kathy, tampoco una madre, y mucho menos un padre. Aun así, en los rincones de su sueño, esos tres personajes se sintieron tan reales y tangibles como las lágrimas que desbordaban de sus ojos. En la oscuridad, lejos del lugar que lo vio nacer, tuvo una profunda realización: conocemos la muerte de la mano de Dios o bajo el poder del otro.

Lincoln Sorni nació en un pueblo chico de México, como la consecuencia de una jugada maestra de su «querida» madre. A pesar de no tener estudios, logró casarse con un hombre, que aunque tampoco era instruido, trabajaba como un burro para sostener la familia, y ahora, también, a su nueva novia.

Ella, la otra, craneaba un plan perfecto: embarazarse y arrebatarse el hombre a su esposa, quien ya cargaba con dos hijos y una rutina que la consumía. Ella, la madre, al descubrir el descaro de su esposo dividiendo su tiempo entre dos casas, sintió cómo el miedo a perderlo se clavaba en su pecho. No era el dinero lo que temía perder; era él. Ella, la madre, era una mujer de carne y hueso, eternamente enamorada y vilmente obsesionada con su hombre.

Ella, la otra, no era más joven ni más vieja que la madre, pero tenía algo que a ella, la madre, le faltaba por su devoción a la iglesia: un descaro arrebatado y un historial de hombres, que ella, la madre, ni siquiera se atrevería a mirar ni con el rabillo del ojo. Ella, la madre, usó todos sus atributos físicos para atraer a su esposo y quitárselo a la otra, incluso recurrió a la magia negra, pero ese hombre estaba tan entusiasmado con aquella otra, que en vez de acercarlo, lo alejaba más. El hombre no solo comenzó a dormir en casa de la otra los días de semana, sino también los fines de semana, despertando en ella, la madre, una amargura existencial, que injustamente desquitaba con sus dos hijos. Pero la oportunidad de que la narrativa de un palo y dos casas cambiara, se presentó en su puerta una mañana, en forma de lechero.

El lechero no alcanzaba los dieciséis años y ya había abandonado la escuela para ganar unos pesos vendiendo leche. Era tan pobre el lechero, que tenía cara de preñador. La madre, tímidamente, lo observaba cada mañana al él dejar la leche. Él respondía sus miradas, pero ambos eran tan tímidos, que las susodichas miradas terminaban siendo muy infantiles e incómodas. Una mañana, la madre decidió actuar desesperada como respuesta a un rumor de que su esposo la abandonaría. Así que despachó a sus hijos al colegio más temprano de lo normal, y esperó al lechero en un vestido que caía debajo de las rodillas. Aunque era viejo, casi traslúcido, a ella le quedaba perfecto, exaltando

la predominancia de su culo y sus masivas tetas, que luego de haber amamantado a sus dos hijos, aún se sostenían firmes a pesar de la ley del piso.

El lechero gustaba de esa mujer, pero su talento era vender leche, no conquistar mujeres casadas con hijos. Y el talento de la mujer era adorar ciegamente a su marido, no desvirgar surtidores de leche. Sin embargo, en vista de su urgencia y el poco ingenio, recurrió al viejo cliché de las tuberías rotas. Cuando el lechero le preguntó cuáles tuberías quería que él le arreglara, a ella se le ocurrió decir que las del baño, pero pronto su mentira se vio expuesta. Con la voluntad del gallo, se paró en la puerta del baño y se subió el bolero del vestido. Lo que sucedió seguidamente la tumbó sobre una camilla de hospital nueve meses después, pero ella supo de su preñez el mismo día del depósito de leche. No transcurrió mucho tiempo antes de que los rumores se esparcieran por el pueblo, y por supuesto, esos rumores nunca llegaron a ella, pero a su esposo sí; tres hombres de pueblo juntos son diez veces más chismosos que dos mujeres lavando ropa ajena en bateas de cemento. Cuando el esposo la interrogó como a una puta, ella, asumiendo el rol principal de sus novelas favoritas, lo negó todo, llorando ofendida. Cuando Pastor nació, su padre que no era su padre, al verlo supo que ese no era su hijo. Así que buscó al lechero. Al confrontarlo, el padre del lechero, intervino con una risa a carcajadas, afirmando con un dejo de decepción, que su hijo era muy pendejo para comerse a tremendo mujerón, y mucho menos

embarazarla, saboreándose los labios frente a su esposa, la madre del lechero, mientras pensaba en la madre que se comió su hijo, el lechero. El padre que no era su padre llamó a la criatura Pastor, solo para recordarse todos los días que él era un impostor comiendo y viviendo gratis en su casa. Esa fue la primera y última vez que lo sostuvo en sus brazos.

Pastor creció en un hogar hostil, desatendido por razones que, el pobre nunca entendió, pero que lo convirtieron en un niño especial e irremediabilmente sensible. Lloraba sin razón aparente, combatiendo en silencio una sensación de abandono que nunca lo abandonó. Su refugio fueron las novelas dramáticas y las películas de Hollywood, donde encontró un mundo ideal de mansiones blancas, familias felices, carros de lujo y neveras llenas de todo tipo de alimentos—la nevera de su casa siempre permanecía vacía con agua y algunas veces hielo.

Con vergüenza, Pastor portaba una serie de manierismos delicados, enfrentándose a burlas constantes a donde fuera que el movimiento de sus piernas con su culito parado lo llevaran. En la escuela, sus compañeros lo encerraban en un baño, lo despojaban de sus ropas, dejándolo en calzoncillos, para luego obligarlo a cruzar el patio en las horas de descanso. Todos reían, incluso los profesores, especialmente el profesorado masculino. Esos días, Pastor deseó fervientemente ser cuadripléjico para no tener que caminar nunca más en su vida.

En casa, su padre que no era su padre, lo observaba con desprecio, y con tan poco control de su ira, lo encerraba por horas en una caja de madera, donde Pastor no solo aprendió a soportar, sino también aprendió a soñar despierto hasta quedarse profundamente dormido. Una de las tantas veces, soñó que Dios, en su masiva presencia se apareció sobre el escritorio de su padre, y al reclamarle por el maltrato a su hijo, lo pateó con fuerza en la cara. En su caja, dormido, Pastor rio. En sus pensamientos más oscuros y retorcidos, Pastor deseaba la muerte de su padre. Después, con culpa, pedía perdón a Dios, pero los pensamientos siempre regresaban en un círculo vicioso de tormento, hasta que un día entendió que ese anhelo nunca se cumpliría, así que comenzó a degustarse imaginando cómo él mismo lo mataría: tal vez con un cuchillo de cocina, pero asustado de sus propios pensamientos, corría a la iglesia. Arrodillado frente al sacerdote, se confesaba con temor. El sacerdote, además de devoto, era un hombre sabio. Le advirtió con firmeza que, de cometer aquel acto horrorífico, lo condenaría a pasar el resto de sus días en la cárcel, y nunca, pero nunca entraría al reino de los cielos. Pastor reflexionó, y con la fría lógica de un niño que se aferra a un sueño, desistió de aquellos pensamientos diabólicos.

Al cumplir los doce años, impulsado por la irritación de su padre, quien odiaba verlo en casa, Pastor consiguió trabajo en una legumbrería. Cada viernes a las dos de la madrugada, él y

sus colegas —hombres que le triplicaban la edad— cargaban camiones con verduras para exportarlas a los Estados Unidos. Antes de que el camión partiera, Pastor siempre se despedía de las verduras con nostalgia, dándoles nombres que él mismo inventaba. Mientras regresaba a casa, pensaba en los beneficios de ser una verdura, y las desventajas de ser un humano. Un jueves a medianoche, con catorce años y las piernas reventadas a correazos por su padre por haber olvidado surtir el congelador con bolsas de agua, para evitar el innecesario gasto en comprar hielo, Pastor se sentó en su cama mirando por la ventana, recordando el sermón del sacerdote que afirmaba que Dios era perfecto, que Él nos ponía en la barriguita de la mejor mamita y del mejor papito del mundo. Lleno de rabia y frustración, sabía que esas palabras eran mentira. Al día siguiente, se escondió entre los vegetales del camión, y mientras el motor rugía, supo que por fin estaba escapando de una vida, que a pesar de ser suya, no le pertenecía.



BIENVENIDO A NUEVA YORK

«Hell's Kitchen es el lugar al que pertenecen todos aquellos que no pertenecen a ningún otro lugar». Alicia Keys.

Nueva York es Nueva York, pero Manhattan es más Nueva York que Nueva York.

Lincoln tenía casi veinte años. No era hermoso como un cisne ni feo como un pato, pero tenía algo especial, algo aún intocable. Como cada invierno, la nieve caía, y Lincoln, como siempre, corría, porque no importaba a dónde fuera, el tiempo siempre parecía alcanzarlo. Indocumentado, sobrevivía con dos trabajos. De día, se disfrazaba del Hombre Araña, entreteniendo a los turistas en Times Square. Y por las noches de fin de semana, recogía basura y limpiaba los baños de un club nocturno gay. Lejos de los actos heroicos que representaba en Times Square y de limpiar la mierda de los estadounidenses en el club

nocturno, amaba Nueva York sin saber por qué. La verdad era, que ni siquiera sabía que existía.

Afuera, la fría noche teñía el cielo de azul y rosa, pero dentro del club nocturno, el calor emergía como un verano sofocante abrigando el lugar a su máxima capacidad. Allí, entre la multitud de hombres semidesnudos moviéndose al compás de los beats del DJ, estaba Derrick Passeri.

Derrick Passeri destacaba con una estereotípica belleza de portada de revista: cabello rubio, mandíbula afilada y un cuerpo esculpido por los esteroides y los dioses. Siempre vestía pantalones cargo oscuros, no por su estilo militar, sino por la comodidad y el espacio extra que reservaba para sus piernas masivas y sus glúteos de hierro. Esa noche se acercó a la barra a comprar una Coca-Cola de dieta para mezclar sus drogas recreativas. Al otro lado de la barra estaba Lincoln rebanando limones. Distráido por los ojos grandes y azules de Derrick, el limón que cortaba resbaló de la tabla, cortando accidentalmente su dedo índice. Embobado por la inquietante presencia de Derrick, no le dio importancia a la cortada, cubriéndola con la mano mientras continuaba observándolo con la determinación de no olvidarlo.

No había pasado una semana y media cuando Lincoln lo encontró recostado sobre la baranda de las escaleras frente a su departamento. Descalzo, con jeans húmedos y una camisilla estrecha, Derrick fumaba un cigarrillo bajo una placa que prohibía fumar. Lincoln, nervioso, improvisó una

conversación mientras atrapaba a Bungalow, un gato que su compañera de apartamento adoptó después de haber sido abandonado en su propia casa.

—¿Te gustan los gatos? —preguntó con una seguridad ajena a su carácter.

—¿Tu madre no te enseñó a no hablar con extraños?

—Tú no eres un extraño —respondió Lincoln sin titubear.

Derrick le clavó su mirada, tratando de recordar, pero nada recordó, o tal vez eso pretendió.

—¿Eres entrenador personal? —soltó Lincoln de repente, intentando llenar el silencio entre los dos.

Derrick torció los ojos. Era bien sabido en la comunidad gay que esa era una de las preguntas más clichés para romper el hielo. Resaltó su mirada sobre el disfraz del Hombre Araña.

—No te alcanzaría ni con todo un mes de tus propinas —respondió con sarcasmo, dejando clara su posición.

Derrick apagó el cigarrillo con el pie descalzo y se dirigió hacia la puerta de al lado, donde el agua corría por debajo de la puerta. Con la velocidad de una bala, corrió al interior del apartamento como si lo moviera un impulso instintivo.

Lincoln lo siguió.

Derrick Passeri era un hombre que cautivaba y desconcertaba en igual medida. Su atractivo iba más allá de lo físico: irradiaba una mezcla

de misterio y magnetismo que pocos podían resistir. Sin embargo, tras esa fachada perfecta se escondía un ser profundamente marcado por cicatrices invisibles. Navegaba las aguas turbias de la vida con un corazón descalibrado y una mente nublada por la amargura. Era un enigma para la mayoría, una figura solitaria que detestaba la pretensión y rechazaba la compañía de quienes solo buscaban su atención. No era un hombre que se dejara llevar por las tendencias o la superficialidad, pero tampoco era ajeno a ellas. En su soledad, encontraba una forma de protegerse de un mundo que no lograba entender del todo, y sin duda tampoco lo entendía a él. A temprana edad, Derrick había aprendido lo peor de la humanidad. Su abuela Sofía, una mujer imponente y directa, moldeó parte de su carácter. Fue ella quien le reveló, con palabras crueles pero desprovistas de malicia, quien era su madre, su propia hija.

—Tu madre era tan puta que ni siquiera ella sabía quién era tu padre —le respondió, acariciándole el cabello con ternura, al preguntarle sobre su padre.

A pesar de su amor por Derrick, Sofía era incapaz de sacrificar algo por él. Esa contradicción lo marcó desde niño, enseñándole que el verdadero amor venía de un lugar sospechoso, lleno de mucho dolor. Su vida adulta no había sido mucho más fácil que su niñez. Las drogas, las decepciones y los fantasmas de su pasado eran una constante en su mente, pero Derrick, sin saberlo, era un sobreviviente. Aunque no

siempre comprendiera sus propias decisiones, vivía al margen de sus consecuencias. En el fondo, Derrick era un hombre dividido entre la necesidad de conexión y el miedo a depender de ella. Era el tipo de hombre que podía atraer a cualquiera, pero cuya actitud hermética los repelía.

En el baño del apartamento adyacente, el agua de la tina rebosaba, formando un charco que se extendía hasta el pasillo. La llave seguía abierta botando agua, y en el fondo de la tina yacía el cuerpo inmóvil de un hombre más viejo que los años que tenía. Derrick, movido por una mezcla de instinto y desesperación, sacó al hombre del agua con un solo movimiento, lo tendió sobre el frío azulejo, y comenzó a presionar su pecho, intentando reanimarlo, pero el viejo no respondía. Desde la puerta, Lincoln miraba con los pies clavados en el suelo. Su cuerpo, tenso, parecía incapaz de reaccionar. Sin embargo, al ver que Derrick no lograba revivir al hombre, intervino.

—¡Déjalo! —exclamó, colocando las manos con fuerza sobre los hombros de Derrick para detenerlo.

El duro contacto encendió una chispa de ira en Derrick, quien se giró bruscamente, y lo lanzó contra el suelo.

—¡No me toques! —gritó.

Antes de que Lincoln pudiera reaccionar, Derrick descargó un puñetazo directo a su rostro. El impacto resonó en la habitación, pero Derrick no se detuvo. Descargó un segundo golpe

contra el azulejo, luego un tercero, cada uno más feroz que el anterior, hasta que sus nudillos se rompieron. Su respiración era errática, su mirada vacía, como si todo su ser estuviera volcado en el frenesí de su enojo. Por un breve instante, lanzó una mirada a Lincoln, quien ahora permanecía en silencio, conmocionado, sosteniéndose la mejilla. Una punzada de arrepentimiento se agitó dentro de Derrick, una emoción que no estaba acostumbrado a desarrollar públicamente. Apretó la mandíbula, reprimiendo el impulso de disculparse, y redirigió su atención hacia el viejo Clint.

Arrodillado junto al cuerpo inmóvil, Derrick, con los nudillos rotos, reanudó sus esfuerzos, contando cada compresión en voz baja hasta que, milagrosamente, el anciano volvió en sí, vomitando toda el agua que por poco le quitó la vida.

Derrick se dejó caer de espaldas contra la pared, exhausto pero victorioso, mientras intentaba recuperar el aliento.

El viejo, aún desorientado, y alcanzando el aire que le faltaba, se incorporó con dificultad. Desnudo y sentado sobre el charco de agua, se cubrió sus partes íntimas al sentirse expuesto en la presencia de otros hombres.

—¿Y tú quién eres? —preguntó, mirando a Lincoln con una expresión severa y un tono cargado de desdén.

Lincoln abrió la boca para responder, pero Derrick lo interrumpió.